

bien : á los mismos amigos de la paz, á los mas conmovidos por la suerte del rey y que deseaban salvarlo, les era difícil refutar las acusaciones de los independientes. Los devotos presbiterianos al mismo tiempo, si bien que moderados en sus opiniones políticas, eran invencibles en su odio para con el episcopado, y no querían admitir en cuanto al triunfo del pacto, ni medio término ni dilación. Se había además inculcado en los ánimos, que después de tantos males atraídos al país por la guerra, era preciso que en el partido vencido, siguiendo la legal responsabilidad y para satisfacer á la justicia divina manifestada en los santos libros por admirables ejemplos, el crimen de los verdaderos culpados fuese espiado con su castigo. Se disputaba sobre el número : los entusiastas populares querían una multitud de escepciones en la amnistía que debía proclamar la paz ; los presbiterianos solo pedían siete, pero con inaudita obstinación, porque creían que renunciando aceptaban su propia condenación. Mezquinas preocupaciones, odiosos sentimientos, se oponían de esta suerte en el mismo partido pacífico al éxito de los tratados. Cinco veces durante su curso, se votó que los ofrecimientos ó concesiones del rey eran insuficientes.

En estas incertidumbres el tiempo señalado para la duración de las conferencias acababa de espirar ; se prorogó tres veces ; se decidió que los domingos y días de fiesta no serían contados, pero sin ceder en nada ni dar á los negociadores nuevas instrucciones ni la menor libertad. El rey por su parte en nombre de su honor y su fé, declaraba que no concedería mas : « Soy, decía, como aquel capitán que por no recibir de sus jefes ningún socorro, tiene permiso de rendir la plaza.—Ellos no pueden, decía, socorrerme cuando yo lo pido, que me socorran pues cuando puedan ; entre tanto yo sostendré mi plaza hasta que una de sus piedras me sirva de tumba.—Y haré lo mismo, reponía, por la iglesia de Inglaterra. » El negocio continuaba en el mismo estado, vano, y propio solamente á hacer estallar la ansiedad de los partidos, obstinados uno y otro en despreciar y rehusar la ley de la necesidad.

Todo no obstante se precipitaba en su alrededor, tomando de hora en hora un carácter mas amenazante. Después de dos meses de la mas obstinada resistencia á favor del hambre y sedición, rindióse al fin Colchester, y al otro día un consejo de guerra condenó á muerte á tres de sus mas valientes defensores, sir Carlos Lucas, sir George Lisle y sir Bernardo Gascoign, para ejemplo, según dijeron, de los rebeldes que en lo sucesivo intentasen imitarles. En vano los demás prisioneros, lord Capel á su frente, pidieron á Fairfax que suspendiera la ejecución, ó mandase matarlos á

todos, ya que eran tan culpados como sus compañeros. Escitado ó mas bien intimidado por Ireton, Fairfax nada respondió, y dió la orden de fusilar inmediatamente á los tres oficiales.

Sir Carlos Lucas fue el primero en morir ; al caer, Lisle corrió á él y le abrazó, y levantándose al instante : « Soldados, gritó, acercaos ; estais demasiado lejos.—No temais, respondieron los soldados ; no erraremos, no.—Compañeros, dijo Lisle sonriéndose, mas cerca he estado ya de vosotros y no me habeis acertado : » dicho esto cayó junto á su amigo. Gascoign se estaba desnudando para la ejecución cuando llegó una orden del general mandando suspenderla. Rendida Colchester, no quedó en todo el Oeste ningún foco de insurrección. Vencedor Cromwell en el Norte de Hamilton, entró sin obstáculo en Escocia ; los paisanos de los condados del Oeste se levantaron en masa al primer grito de victoria ; y cada parroquia, guiada por su ministro, marchó á Edimburgo para arrojarse de allí á los realistas.

Habiendo salido Argyle al encuentro del general parlamentario, tuvo con él una larga conferencia en el castillo de lord Mordington á dos leguas de Berwick : dotados ambos de igual suspicacia no se hacían ilusión acerca del peligro : los realistas escoceses, poderosos á pesar de su derrota, estaban aun armados en muchos puntos y se mostraban decididos á no sufrir sin resistencia una reacción sangrienta. Un tratado prontamente concluido les aseguró el descanso y sus bienes, bajo la condición de licenciar sus tropas, de abjurar toda obligación en favor del rey y de prestar de nuevo juramento á la santa alianza, que jamás debió cesar entre ambos reinos.

Vueltos á posesionarse del gobierno, Argyle y los suyos recibieron á Cromwell en Edimburgo con gran pompa : el comisionado de los estados, el cuerpo municipal, el clero y los fanáticos le fastidiaban cada día con visitas, arengas, sermones y convites : pero él, estimulado por las noticias que le trajo Henry Martyn, y por haber dejado á Lamberto con solos dos regimientos para proteger el reino, emprendió á toda prisa el camino de Inglaterra.

Apenas hubo entrado en el condado de York y mientras que al parecer solo estaba ocupado en apaciguar la sedición, se espidieron numerosas peticiones todas dirigidas en particular á la cámara baja, reclamando pronta justicia de los delincuentes, fuese la que quisiese su clase y calidad. Al propio tiempo los mismos votos vinieron de otros condados siempre presentados ó sostenidos por los amigos de Cromwell. Los presbite-

rianos lo rehusaron en nombre de la carta y de las leyes del reino : « Señor presidente , dijo Denis Bond , oscuro republicano , estos señores pretenden que la cámara no tiene derecho de juzgar á milord Norwich ni á ningun otro lord , porque es contra la gran carta , y no deben ser juzgados sino por los pares ; pronto vendrá el día , así lo espero , en que prenderemos al mayor de estos lores , sí lo merece , sin que nada tengan que ver estos pares ; y encontraremos , como no lo dudo , honrados y firmes jueces , para juzgarlo á pesar de la gran carta . »

La cámara desechó las peticiones ; pero otras le sucedieron de repente mas esplicitas y temibles , porque venian de los regimientos de Ireton , Ingoldsby , Heetwood , Walley , Overton , y pedian formalmente á los diputados justicia del rey , devolviendo á Fairfax al consejo general del ejército ; « solamente capaz , decian ellos , de detener el desastre que nos amenaza , ya sea con sus representaciones á las cámaras , ya por otro cualquier medio . » El consejo abrió en efecto sus sesiones y el 20 noviembre el presidente hizo saber á la cámara que unos oficiales estaban á la puerta , con el coronel Ewers á su frente , y que venian en nombre del general y el ejército para presentar una peticion . Consistia esta en una larga série de cargos parecida á la que siete años antes en igual día , los diputados habian dirigido al rey , para romper decididamente con él , á su ejemplo el ejército enumeraba en este todos los males , todos los temores de la Inglaterra , los imputaba á la molicie de las cámaras , á su olvido de los públicos intereses , y á sus negociaciones con el rey ; les intimaba á que solemnemente le formaran causa ; á que proclamaran la soberanía del pueblo , á que decretaran que en lo sucesivo el rey seria elegido por sus representantes , á que pusieran un término á su propia legislatura decretando al separarse la igual reparticion del derecho de sufragio , la regularidad de los futuros parlamentos , y todas las reformas deseadas de los hombres de bien ; y por último amenazaba , aunque con palabras cubiertas , con que el ejército trataria de salvar él mismo la patria si permanecia por mas tiempo comprometida por la negligencia ó debilidad de hombres , que atendido todo , solo eran como los soldados unos meros delegados y servidores de sus conciudadanos .

A esta lectura se levantó de todas partes una discusion ó gritería tempestuosa : los independientes Scott , Holland , Wentwort pedian á voces que en el acto se diese gracias al ejército por sus francos y animosos consejos ; los presbiterianos , algunos con indignacion , otros adulando á los oficiales , querian que la cámara manifestase su parecer : pero esta

para demostrar su descontento se abstuvo de responder . El expediente convenia á cobardes y valientes , y así se decidió por una gran mayoría despues de dos debates . Pero el día llegó en que las victorias no sirvieron sino para precipitar la catástrofe : tanto fuera como dentro de Westminster la efervescencia y confusion llegaba á lo sumo : ya se hablaba del cercano regreso de Cromwell , y el ejército anunciaba sus deseos de marchar hácia Londres .

Los realistas perdieron toda esperanza , solo deseaban ó deshacerse ó vengarse por cualquier modo de sus enemigos : muchos miembros republicanos fueron insultados y asaltados por las calles ; muchos avisos llegaron á Fairfax , hasta de Francia , que dos caballeros habian resuelto asesinarle en Saint-Albans : en Duncaster , entre una pandilla de veinte hombres levantada y capitaneada por Rainsboroug , hubo tres que lo mataron á puñaladas cuando se les queria escapar ; al mismo tiempo corrió la voz de que se formaba una conspiracion para asesinar al salir de Westminster á ochenta miembros de los mas influyentes . Finalmente en este desencadenamiento anárquico , se supo para mas conflicto que dentro de dos dias estaria Cromwell en el cuartel general ; que en la isla de Wight el gobernador Hammond , sospechoso de demasiado miramiento hácia el rey y parlamento , recibió orden de Fairfax de dejar su destino , volver al ejército y entregar al coronel Ewers la custodia del rey ; y que con esta novedad , sobrecogido Carlos de temor , dió fin á las conferencias de Newport , y el mismo día los comisionados portadores de sus ofrecimientos definitivos se pusieron en camino para dar cuenta al parlamento .

Llegaron en efecto al otro día , conmovidos todos por el peligro en que habian dejado al rey , y de sus últimas palabras : « Milores , les habia dicho , venís á despediros de mí , y creo que no nos veremos mas ; pero hágase la voluntad de Dios ! yo le doy gracias ; estoy en paz con él ; sufriré sin temor cuanto disponga que hagan de mí los hombres . Milores , no podeis dejar de conocer que en mi ruina debeis ver acercarse la vuestra . Ruego á Dios que os dé mejores amigos que á mí . Nada ignoro de la conspiracion tramada contra mí y los míos ; nada me aflige tanto como los pesares de mi pueblo y el presentimiento de los males que le preparan estos hombres que siempre hablando del bien público no se inquietan sino para dar oidos á su propia ambicion . » Apenas concluida la relacion de los comisionados , aunque las nuevas concesiones del rey difiriesen un poco de aquellas que tantas veces habia rehusado , los

presbiterianos propusieron á la cámara declararlas suficientes y propias para establecer la paz.

La mocion fue al mismo tiempo apoyada por Nathaniel Fiennes, hijo de lord Say, y que antes era uno de los independientes mas exaltados. El debate hacia muchas horas que duraba cuando llegó á la cámara aviso con una carta de Fairfax al consejo municipal, anunciando que el ejército se ponía en marcha para Lóndres: *Al órden del dia! Al órden del dia!* gritaron de improviso los independientes, deseosos de aprovechar el primer susto. Pero contra su voluntad y á pesar de sus esfuerzos, el debate se aplazó para el dia siguiente. Empezó mas encarnizado en medio del movimiento de las tropas que entraban de todas partes, tomando sus alojamientos en Saint-James, en Yorkhouse, en todos los alrededores de Westminster y en el centro de la ciudad. Los independientes esperaban aun los resultados del primer impulso de temor. «En el dia de hoy finalmente, dijo Vane, vamos á saber cuales somos amigos y cuales enemigos; ó para hablar mas claro, veremos quien en esta cámara es del partido del rey y quien del pueblo.

—Señor presidente, replicó con energía un miembro de quien se ignora el nombre, ya que el preopinante se ha dignado dividir en dos partidos esta cámara; tendré segun espero derecho de hacer otro tanto. Si señor: hay personas que quieren la paz, y son los que han perdido con la guerra; otros que rehusan la paz y son los que han ganado con la guerra. Propongo pues humildemente que los gananciosos indemnicen á los que perdieron, para ponernos á todos en la misma esfera, sin la cual nunca acabaremos.»

Los independientes se agitaron porque entre uno y otro partido los intereses personales ejercian un imperio, que ellos mismos no se atrevian á negar. Rudyard, Stephens, Grimstone, Walker, Prideaux, Wroth, Scott, Corbet, y muchos otros sostuvieron y combatieron á su turno la mocion sin que el debate llegara á terminarse. El dia declinaba; muchos miembros se habian ya retirado, un independiente propuso encender luces y continuar la sesion: «Señor presidente, dijo un presbiteriano, no solamente estos señores se lisonjean de helarnos de temor por tener cerca el ejército, pero quieren prolongar toda la noche la sesion, con la esperanza que los miembros de mas edad, que se consideran como los mas inclinados á la paz, se retirarán cansados antes de la votacion. Espero que la cámara se hará cargo de este artificio.» Y á pesar de los gritos de los independientes, se aplazó de nuevo el debate.

Al otro dia, al principiar la sesion, un sombrío rumor agitaba la cámara; el rey, decian por todas partes, ha sido robado de la isla de Wight, durante la noche á pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurst, especie de prision, situada en una costa al frente de la isla, á la estremidad de un árido promontorio, desierto y mal sano. Vivamente interpelados los independientes guardaban silencio. Empezó la sesion; el presidente leyó cartas venidas de Newport y dirigidas á la cámara por el mayor Ralph que mandaba en ausencia de Hammond; el rumor era fundado, y toda relacion se hacia además imposible sin el consentimiento del ejército entre el rey y el parlamento.

El 29 noviembre, algunas horas despues de haberse cerrado las conferencias de Newport y de la marcha de los comisionados, un hombre mal vestido dijo á uno de los criados del rey: «Acaban de desembarcar tropas en la isla; advertid al rey de que esta noche será arrebatado de aquí.» Carlos hizo llamar inmediatamente al duque de Richmond, al conde Lindsey y al coronel Eduardo Cook, oficial que poseia su confianza; les preguntó que era menester hacer para si era verdadera aquella noticia. En vano trató de sacar una palabra al mayor Ralph; y no pudo obtener de él mas que cortas y oscuras contestaciones. «El rey puede dormir seguro esta noche; lo juro por mi vida, esta noche nadie le incomodará.» Cook se ofreció á montar á caballo, recorrer la costa, pasar principalmente á Carisbrooke, á donde las tropas se decia que habian llegado, y ver por sí mismo lo que pasaba. La lluvia caía á torrentes: la noche era sombría y el servicio peligroso; el rey temblaba de aceptarlo, Cook insistió y marchó.

Encontró efectivamente reforzada la guarnicion de Carisbrooke: diez ó doce oficiales recién venidos acompañaban como centinelas de vista al capitán Bowerman, que mandaba en aquel punto: y todo presentaba por do quier el sello de misteriosa agitacion. Regresaba Cook á toda prisa para decir al rey lo que habia visto, cuando al llegar á Newport cerca de la media noche, vió la casa que ocupaba el monarca rodeada de centinelas estacionados no solo debajo de todas las ventanas, sino en lo interior, y hasta en la puerta del aposento del rey donde el humo de sus pipas penetraba por todas partes. Ya no cabia duda alguna: los dos lores conjuraron al rey, á que probase al instante y á toda costa su evasion. El consejo disgustaba á la tímida gravedad de Carlos: así es que alegó lo difícil del éxito, y cuanto se irritaria el ejército: «Si ellos me prenden, decia, será preciso que me traten bien; ningun partido puede nada sin

mi alianza, ni le es posible asegurar su triunfo.—Guardaos, señor, dijo Lindsey; estas gentes no se mueven á impulso de tales máximas; acuértese V. M. de Hamptoncourt.—Coronel, preguntó Richmond á Cook, ¿cómo habeis pasado?

*Cook* : Sé el santo y seña.

*Richmond* : ¿Lograreis hacerme pasar?

*Cook* : No lo dudo.

Richmond tomó un capote de soldado; salieron, pasaron por todas las guardias, y volvieron sin obstáculo. De regreso con el rey, cerca de una ventana, los dos lores renovaron con ardor sus instancias; el coronel, todo inundado de agua, estaba solo delante del hogar. «Ned Cook, le dijo bruscamente el rey dirigiéndose á él, ¿qué me aconsejais?» Cook despues de algunas vacilaciones contestó : «El rey tiene aquí sus consejeros.—No, no, querido Ned, os mando que me deis vuestro parecer.

*Cook* : Muy bien! señor, permítame V. M. hacerle una pregunta.

*El rey* : Hablad.

*Cook* : Si no solamente digo y pruebo tambien á V. M. que el ejército quiere asegurarse de su persona; si añado que sé la contraseña, que hay caballos cerca de aquí, y un barco á mi servicio que está esperando; que estoy pronto á acompañar el rey; que esta noche tan negra parece á propósito; que no veo ningun obstáculo : ¿qué hará V. M.?

Cárlos guardó un momento de silencio; despues sacudiendo la cabeza contestó : «No puedo determinarme : ellos me han dado su palabra, yo les he dado la mia, y no quiere faltar.

*Cook* : Pero, señor, presumo que esta palabra iba dirigida al parlamento; ahora todo ha cambiado; es el ejército quien quiere apoderarse de V. M.

*El rey* : No importa; yo no faltaré á mi palabra : buenas noches, Ned; buenas noches, Lindsey, me voy á dormir cuanto pueda.

*Cook* : Señor, sospecho que no podreis dormir mucho.

*El rey* : Tanto como quiera Dios.

Era la una; separáronse, y Cárlos se acostó; Richmond quedó solo cerca de él.

Al amanecer llamaron á la puerta : ¿Quién sois? qué quereis? preguntó Richmond.—Oficiales del ejército que vienen para hablar al rey.» Richmond no abrió esperando á que estuviese vestido el rey; volvieron á llamar de nuevo, y con violencia : «Abrid, dijo Cárlos al duque; y antes que estuviese fuera de su cama muchos oficiales, con el teniente coronel

Cobbet á su frente, se precipitaron al aposento : «Señor, dijo Cobbet, tenemos orden de llevaros con nosotros.

*El rey* : Orden, de quien?

*Cobbet* : Del ejército.



NEWCASTLE.

*El rey* : ¿Dónde me quereis llevar?

*Cobbet* : Al castillo.

*El rey* : ¿A qué castillo?

*Cobbet* : Al castillo.

*El rey* : Decir un castillo no es lo mismo que el castillo : estoy pron-

to para ir á cualquier castillo que sea : nombradlo.» Cobbet consultó con sus compañeros ; al fin se decidió : « Al castillo de Hurst.»

*El rey á Richmond :* No pudieron elegir uno peor : y dirigiéndose otra vez á Cobbet : ¿ No puedo llevar conmigo á mis servidores ?

*Cobbet :* Solamente los mas necesarios. Carlos indicó sus dos ayudas de cámara, Harrington y Hebert, y Mildmay su trinchante. Richmond salió para preparar el almuerzo ; pero llegaron los caballos antes que estuviese pronto : « Señor, dijo Cobbet, es preciso partir.»

El rey subió á un coche sin decir palabra ; Harrington, Herbert y Mildmay con él. Cobbet se presentó para entrar, pero Carlos se lo impidió con el pié, é hizo cerrar al momento la puerta. Marcharon escoltados por una partida de caballería : un pequeño buque los esperaba en Yarmouth : el rey se embarcó, y tres horas despues estaba ya encerrado en Hurstcastle, sin ninguna comunicacion con los de afuera, en un sombrío aposento, y bajo el poder del coronel Ewers, carcelero mas duro y temible que Cobbet.

Al saber tales noticias dieron los presbiterianos libre curso á su indignacion : « La cámara, decian, ha salido garante con el rey mientras permaneciese en Newport, de su respeto, seguridad y libertad ; ha quedado pues deshonrada y perdida á un mismo tiempo si no resiste abiertamente á esta rebelion.» Se votó en efecto que el rapto del rey habia sido sin consentimiento ni noticia de la cámara ; se volvió á renovar con mas ardor la cuestion relativa á la paz. Habia ya durado mas de doce horas ; la noche estaba muy adelantada ; y aunque la asamblea fuese numerosa, el cansancio empezaba á sobrepujar el celo de los débiles y de los ancianos ; un hombre se levanta, famoso entre los mártires de las libertades públicas, pero que solo estaba sentado en la cámara hacia tres semanas ; aquel mismo Prynne que doce años antes sostuvo contra la tiranía de Laud y de la córte el mas furioso combate :

« Señor presidente, dijo, se sabe que voy á hablar por la paz, y ya se me tiene por apóstata ; ya por alusion á un título de mis obras se me llama el favorito del rey. Ved aquí todos los favores que he recibido de S. M. y de su partido. Me hicieron cortar las orejas y del modo mas bárbaro ; me han puesto tres veces á tormento dos horas cada vez ; han hecho quemar mis obras, aunque autorizadas, ante mis ojos por mano del verdugo ; me han impuesto dos multas de 5,000 libras esterlinas ; me han retenido ocho años en prision, sin plumas, sin oblea, papel ni libros, salvo la Biblia, y sin amigos : me daban apenas el necesario alimento

para poder vivir... Si algun miembro de esta cámara me envidia estas señales de favor real, consiento en que se me trate como á apóstata ó favorito del rey.»

Habló en seguida muchas horas discutiendo minuciosamente todas las proposiciones del rey, las pretensiones del ejército, considerando bajo sus diferentes estados al parlamento y al país, grave sin pedantería, patético sin afectacion, sumamente elevado por la energía y desinterés de su conciencia, fuera del alcance de las pasiones de su secta, de los defectos de su propio carácter y de su propio talento : « Señor presidente, dijo antes de acabar, se dice que si descontentamos al ejército estamos perdidos, uno de sus jefes acaba de decirnos que depondrá las armas, y no nos servirá mas ; y entonces dice, ¿ qué será de nosotros y nuestros fieles amigos ? Si debiese ser asi, poco caso haria yo, lo confieso, de unos tales servidores, inconstantes y revoltosos hasta tal punto ; yo no dudo que si el ejército nos abandona, Dios y el rey estarán por nosotros ; y si el rey y nosotros nos llegásemos á entender mediante este tratado, no tendríamos mucha necesidad, segun creo, de los futuros servicios del ejército. De todos modos sea lo que sea, *fat justitia, ruat cælum* ; hagamos nuestro deber, y dejemos á Dios que haga su voluntad.» La cámara escuchó este discurso, con la mas profunda atencion ; eran las nueve de la mañana ; la sesion duró mas de veinte y cuatro horas ; 244 miembros estaban aun sentados ; se llegó por fin á la votacion y se decidió por 140 votos contra 104 que la contestacion del rey era propia para servir de fundamento á la paz.

Todo poder se escapaba de manos de los independientes ; lo habian llegado á temer ; todos los miembros con cuyo voto contaban se habian retirado ó alejado. En vano Ludlow, Hutchinson, y algunos otros para poner algun embarazo á la cámara, protestaron contra esta decision ; se rechazaron sus deseos como contrarios á los usos de la cámara, sin inquietarse por lo que querian manifestar. Al salir de la sesion los del partido vencido se reunieron ; un sin número de oficiales que habian llegado por la mañana del cuartel general se juntaron á ellos : el peligro era inminente ; como dueños del ejército, tenian en la mano la resistencia ; fanáticos sinceros, ó libertinos ambiciosos, ninguna institucion, ninguna ley ni costumbre les imponia : para los unos era un deber salvar la buena causa y para los otros una necesidad. Convinieron en que seis de sus miembros, tres diputados y tres oficiales se encargarian de los preparativos. Pasaron juntos muchas horas consultando la lista de los diputados, examinando